

CHANCA



La Chanca es un universo aparte

por Juan Goytisolo

La perspectiva de Almería, vista desde el hecho de la Alcatraba, es una de las más hermosas del mundo. Por tres pesetas, el visitante tiene derecho a recorrer los jardines desiertos, escalonados en terrazas y puede sentarse a la sombra de un palisandro a contemplar un cielo azul, sin nubes. En el interior del recinto la calma es absoluta. El agua discurre sin ruido por los arcaduces y las abejas zumban, bochachas de sol. Las pencas de los nopales orillan el sendero que conduce a la torre del campanario. Un piquete de obreros retira escombros de una cisterna. El camino zigzaguea entre los chumbares y el forastero se detiene a admirar el mazo florido de una pita. Luego, cambiando de rumbo, prosigue su ascensión por el adarve, hasta la atalaya del torreón.

El barrio de La Chanca se agazapa a sus pies, luminoso y blanco, como una invención de los sentidos. En lo fondo de la hoya las casucas parecen un juego de dados, arrojado allí caprichosamente. La violencia geológica, la desnudez del paisaje son sobrecogedoras. Diminutas, rectangulares, las chozas trepan por la pendiente y se engastan en la geografía quebrada del monte, tallados como carbunclos. Alrededor de La Chanca, los alberos se extienden lo mismo que un mar; las ondulaciones rocosas de la paramera descabezan en los estribos de la sierra de Gádor. El descubridor abarca una amplia panorámica y el observador se siente un poco como el Diablo Cojuelo. Los habitantes del suburbio prosiguen su vida aperrada sin preocuparse de si los miran desde arriba. De vez en cuando, un guía pondera las maravillas del lugar y los turistas se avoman por las almenas y lo acribillan con sus cámaras.

La primera vez que estuve allí permanecí

batas

madofa

"el estilo del hombre de hoy"

Buscar herramientas

 Crear archivos

 Editar PDF

 Exportar archivos

 Comentar

 Organizar archivos

 Mejorar digitalmente

 Proteger

 Rellenar y firmar

 Preparar formularios

 Enviar para

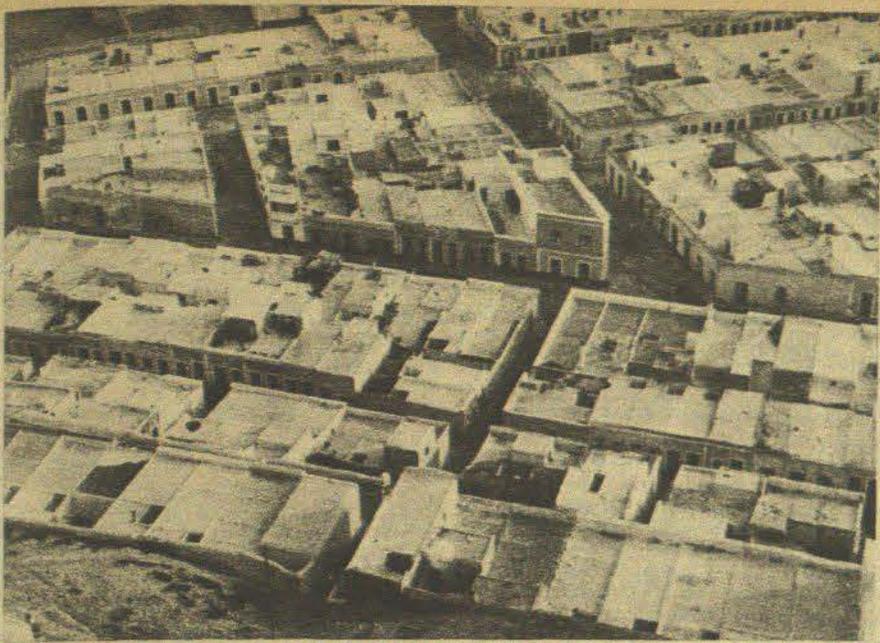
 Enviar y recibir

Versión de prueba

Compre ahora para seguridad y sin interrupciones.

[Comprar ahora](#)





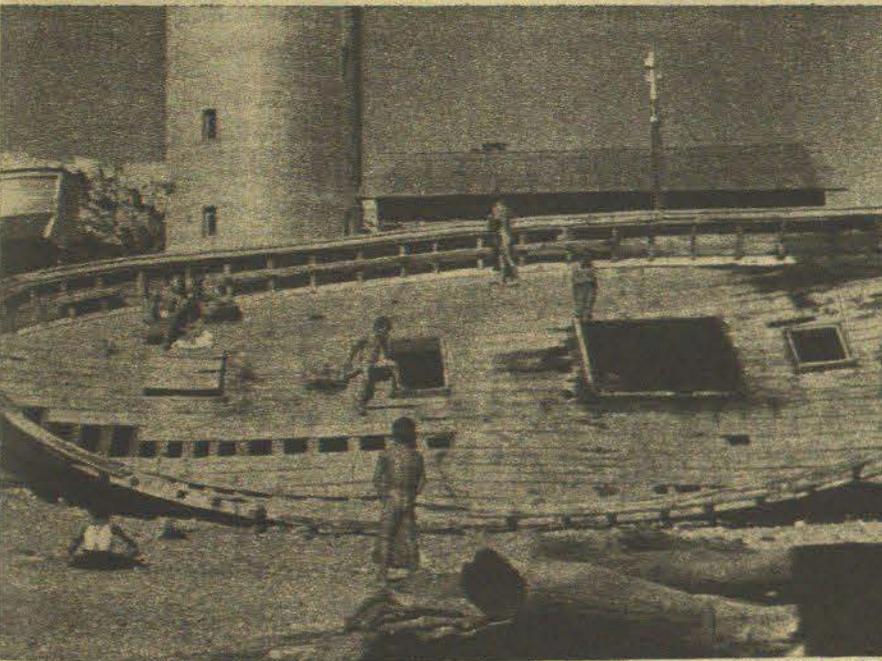
Vista de La Chanca desde la Alcazaba

varias horas acodado en el parapeto. Recuerdo que la víspera había dormido en Granada y, aquella prodigiosa combinación de cal y luz, tan distinta del paisaje pardo y ocre de los miradores de la Alhambra, me impresionó de modo profundo. Era la misma diferencia que existía entre la belleza hosca de la Alcazaba y la seducción fácil del Generalife; con sus adelfas, cipreses, surtidores y lagos. La marea sorda de las voces subía como un jadeo animal. Después, al quitarse el sol, los colores se disolvieron en la penumbra. Los gritos de las mujeres y chiquillos se espaciaron y se hicieron más plañideros. El miedo ancestral de la noche se había adueñado del barrio e, instintivamente, la gente buscaba un refugio y se recogía en su guarida.

Aquella mañana, en el torreón, coincidí con un grupo de visitantes. Eran cinco o seis extranjeros —robustos y jóvenes— probablemente embarcados en algún buque de mercancías. El español que les acompañaba resultaba más difícil de identificar. Pequeño, seco, su expresión taimada contrastaba con el rostro plácido y lustroso de los otros. El hombrecillo llevaba los faldones de la camisa fuera y fumaba un cigarro, haciendo vedijas con el humo. Cuando pasó

La rambla de La Chanca atraviesa el Paseo del Malecón y va a morir en el puerto, junto a los jardines del Club. Desde abajo, las casas situadas en primer término ocultan púdicamente a los turistas que se dirigen por carretera a la costa de Málaga, la existencia de un barrio insólito —omitido por agencias y guías— en donde viven a vuelta de veinte mil personas. El recorrido comprende una taberna *La Alegria del Puerto*, una Caja de Ahorros — así reza la inscripción de la fachada— y una escalera monumental que descarga frente al muelle —con una lápida que celebra algún aniversario memorable. Por regla general, los automovilistas prosiguen su camino sin pararse a indagar lo que hay detrás.

El curioso puede aventurarse, sin embargo, rambla arriba y, el espectáculo que se ofrece a sus ojos, corre el riesgo de no olvidarlo en largo tiempo. Una frontera invisible separa el barrio del resto de la ciudad y a uno le gana la impresión de violar algo, como de interrumpir en terreno prohibido. La Chanca es un universo aparte en el que el visitante se siente un extranjero. ¿Qué tienen en común él y los grupos de mujeres, viejos y chiquillos que viven y



El puerto

por mi lado le oí chapurrear el extraño inglés de los andaluces del Campo de Gibraltar. A trechos, se veía obligado a recurrir a locuciones castellanas y remataba las frases inconclusas con ademanes, gestos, rápidos y expresivos: «Españis dans... Los españoles llevamos la alegría en la sangre...». Y, alargando el brazo peludo, mostraba a los demás las venas de la muñeca por donde corría la alegría.

Durante media hora anduve cantoneando por el puerto. Un hormiguillo de estibadores portaba sacos a la bodega de un buque; sentados en el suelo, los pescadores tintaban y remallaban las redes. En el carenero había media docena de barcas varadas y me acerqué a ver. Los obreros calafateaban el casco de una trainera y sobre la cubierta de otra, descubrí una parva de niños en cueros. Parecían lombrices oscuras, recién salidas de la tierra, y reían y se mostraban el sexo unos a otros con un candor que desarmaba. A pocos pasos de allí, dos muchachas desvanecidas de su propia belleza jugaban al tenis en la pista del elegante Club de Mar.

merodean por las calles? Vestido, calzado, defendiéndose de la acometida del sol con unas gafas ahumadas, ¿qué clase de vínculo existe entre él y ellos?

Esas y otras preguntas me formulaba yo a mis solas y, por mucho que estrujara el cerebro, no conseguía darles respuesta. El malestar que experimentaba resistía a todos los razonamientos. Era una mezcla de desazón e inquietud —como la conciencia de estar allí de más— y, mientras me acercaba al bloque de viviendas protegidas —en una o dos ocasiones— anduve a punto de volver sobre mis pasos.

No me decidí y, por el contrario, me detuve a contemplar los esparteros que trabajaban en el lecho de la rambla. Varios hombres con sombreros de paja vigilaban la hilada de las púas y un niño de ocho o diez años hacía girar la rueda. La hebra se peinaba en los rastrillos como un tendido de cables eléctricos. Junto al muro, una mujer preparaba el esparto ya entriado y, de vez

(Continúa en la pág. siguiente)

más colores...



...para más ambientes



EL PANEL MACHIHEBRADO

Friso®

FABRICADO CON EL PLÁSTICO INDUSTRIAL MÁS NOBLE. 20 COLORES ESTUDIADOS TÉCNICAMENTE Y DE ACUERDO CON LAS TENDENCIAS ACTUALES EN LA MODERNA DECORACIÓN.

DISTRIBUIDORES EN TODAS LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS SI BUSCA SOLUCIONES, PIENSE EN FRISO

FABRICADO POR

Saenger s.a.

EN BARCELONA.

ESTA
OBSESION
LLAMADA
GRIPE...



... a los primeros síntomas: pesadez de cabeza, estornudos, lagrimeo, a veces dolor de garganta y malestar general, se acude a una o varias dosis de CEREBRINO MANDRI, según la gravedad de la enfermedad, queda vencida en la mayoría de casos, sin tener que guardar cama. Su acción **suave no perjudica** y... es tan agradable de tomar. Tres dedos de agua, una cucharadita de Cerebrino, mézclelo ligeramente, tómese y... **olvídese del dolor.**

CONTRA EL REUMATISMO
MAREO
DOLOR DE CABEZA
DOLOR DE MUELAS
MOLESTIAS FEMENINAS
MIGRAÑAS

**CEREBRINO
MANDRI**

65 años quitando el dolor

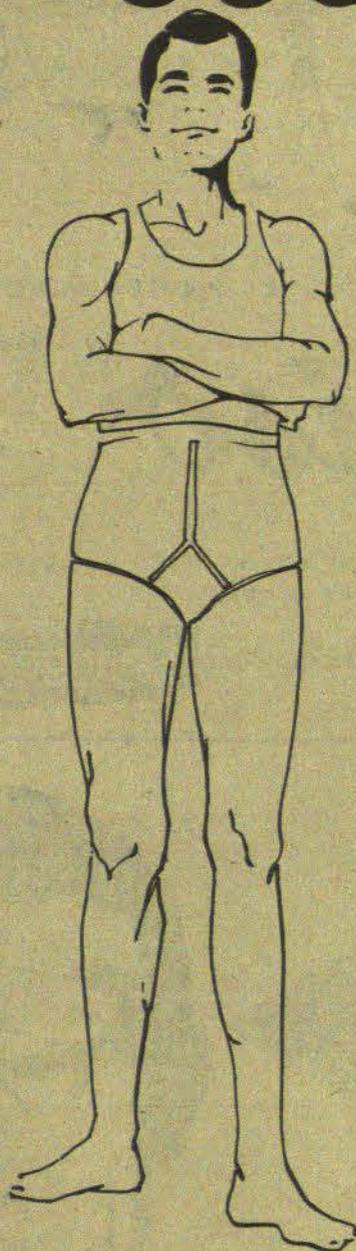


usando slips

Sea Ud.
millonario
de

elegancia

Jockey®



Jockey ofrece siempre máxima calidad.
Jockey, con sus características originales:

AJUSTE PERFECTO, FORMA FRONTAL EN A,
Y DURACION PROLONGADA,
contribuye a la elegancia masculina.

Si Ud. prefiere un slip que se AJUSTE MAS AL
CUERPO, pida el NUEVO MODELO **Jockey**
fabricado en poroso y suave algodón Jumel 1077.



fabricados en España por

N NERVA®

LA CHANCA

(continuación)

en cuando, teadía una maña al hilador del torno.

La mole imponente de la Alcazaba cierra el paisaje a la derecha, y continúe cuesta arriba por un camino de mal bueño. En dirección contraria a la mía venían varias mujeres con cazos humeantes. A causa del sol, se protegían la cabeza con mantellinas y pañuelos y avanzaban en hilera igual que autómatas, sin despegar jamás los labios.

Los borricos sendereaban la pendiente y repeché tras ellos, hacia un grupo de chozas blancas. La gente arrojaba allí las basuras y la torrentera se había convertido en un albañal. El aire hedía de modo inaguantable. Yo andaba a paso tirado y, al llegar a la barriada, emparejé una chiquilla que llevaba una cántara encima del cabecíl. A la sombra del muro, un hombre extendía una camada de huevos sobre un zarzo y me apersoné a él.

—Usted perdone... ¿Conoce usted por casualidad a uno que llaman Antonio Roa, el Cartagenero?

—¿Cómo dice usted?

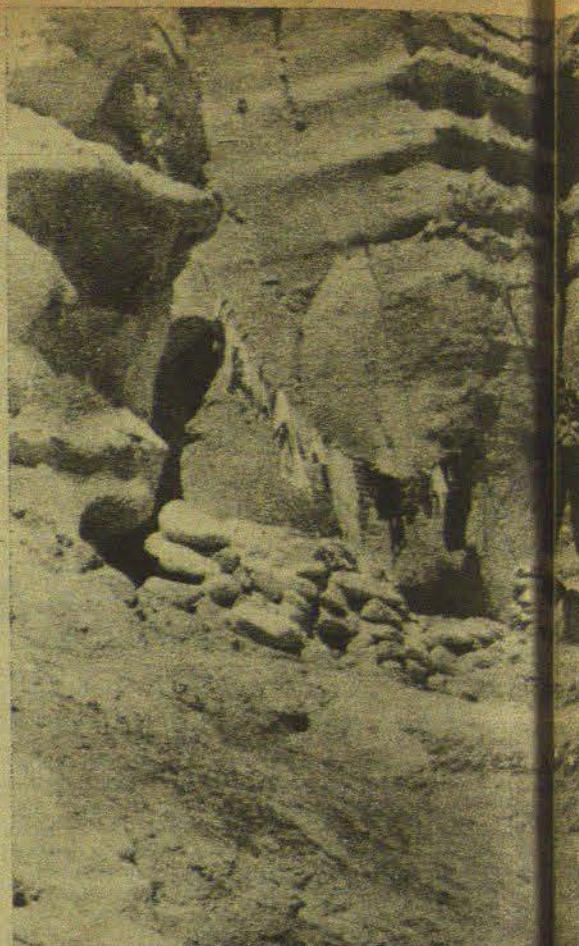
—Antonio Roa, el Cartagenero... Creo que trabaja en el mar.

—¿En qué calle vive?

—No lo sé. Traigo un recado para él. Me dijeron que paraba en La Chanca.

—Por ahí sé de un cartagenero, pero no es pescador —dice el hombre incorporándose—. El que mienta usted, ¿es casao?

—Me parece que sí.



El autor con Simone de Beauvais y Nelson Alfgreun en el torreón de la Alcazaba

—Entonces no debe de ser él... Este es mozo aún. Pero quizá que él puea informarle.

—¿Dónde vive?

—¿Ve usted aquella zahurda?

—Sí.

—Pues tuerza usted a la izquierda y eche por una calle que le dicen San Joaquín. Siempre palante.

—Sí, señor.

—Allí pregunte usted por el Galera. Tós le conocen por este nombre. A esta hora, seguramente le encontrará.

—Muchas gracias.

—De ná... Vaya usted con Dios.

El recovero se lleva la mano al sombrero para despedirse y, de nuevo, se acucilla junto al zarzo. El camino que me indicaba está cubierto de basura. Las moscas bullen en el suelo por millares. Mi paso las asusta y parece que la tierra haga además de concomerse y quiera sacudírselas de encima. El tarquín húmedo de la loma es como un inmenso ijar de asno.

Arriba, el sol hace escardillo en un espejo, y tiro por el primer callejón. Las mujeres tienden la colada en medio de la calle. Hay sábanas tazadas, camisolas de niño, miserables pantalones de trabajo plagados de remiendos. La lejía se escurre por el arroyo entre raspas de pescado y mondas de fruta. Es preciso agacharse a cada paso y la gente que raja en el tranco de las casas emudece y me mira.

A través de ventanas y puertas se columbra el interior de las chozas. Las paredes están cuidadosamente encaladas. Veo mesitas con floreros, aparadores, calendarios de propaganda, fotografías. Una muchacha se afana, inclinada sobre una máquina de coser. En la esquina, hay dos viejos sentados a la sombra. Los dos apoyan la barbilla en el puño del bastón y permanecen inmóviles, lo mismo que estatuas.

Quando llego a San Joaquín una caterva de niños rodea el carrito de un vendedor ambulante que lleva la inscripción «Helados La Violeta». Los chiquillos tienden sus manitas sucias al heladero y los afortunados poseedores de una rubia o una pieza de dos reales se alejan de la arrebatifa sorbiendo el copete de mantecado que sobresale del cucurucho de barquillo. Más lejos, hay dos mujeres de palique y les pregunto las señas de el Galera.

—Un chico de Cartagena, soltero él... Creo que vive por aquí.

El sudor me orilla la frente y lo enjugo con el pañuelo. Las mujeres intercambian una mirada.

—¿Sabes tú quién es?

—Debe de ser el hijo de la Damiana, el que anda cojo...

—No, mujé. Este no es. A éste lo conozco yo.

—Su familia ¿no viene de Cartagena?

—No. El Andrés ha nacido aquí. Por Canjáyar.

—¿Y dice usted que vive en esta calle?

—Sí, señora.

—Entonces ha de ser el hijo de la Chata, el letricista.

—¿Son cartageneros? —pregunta su amiga.

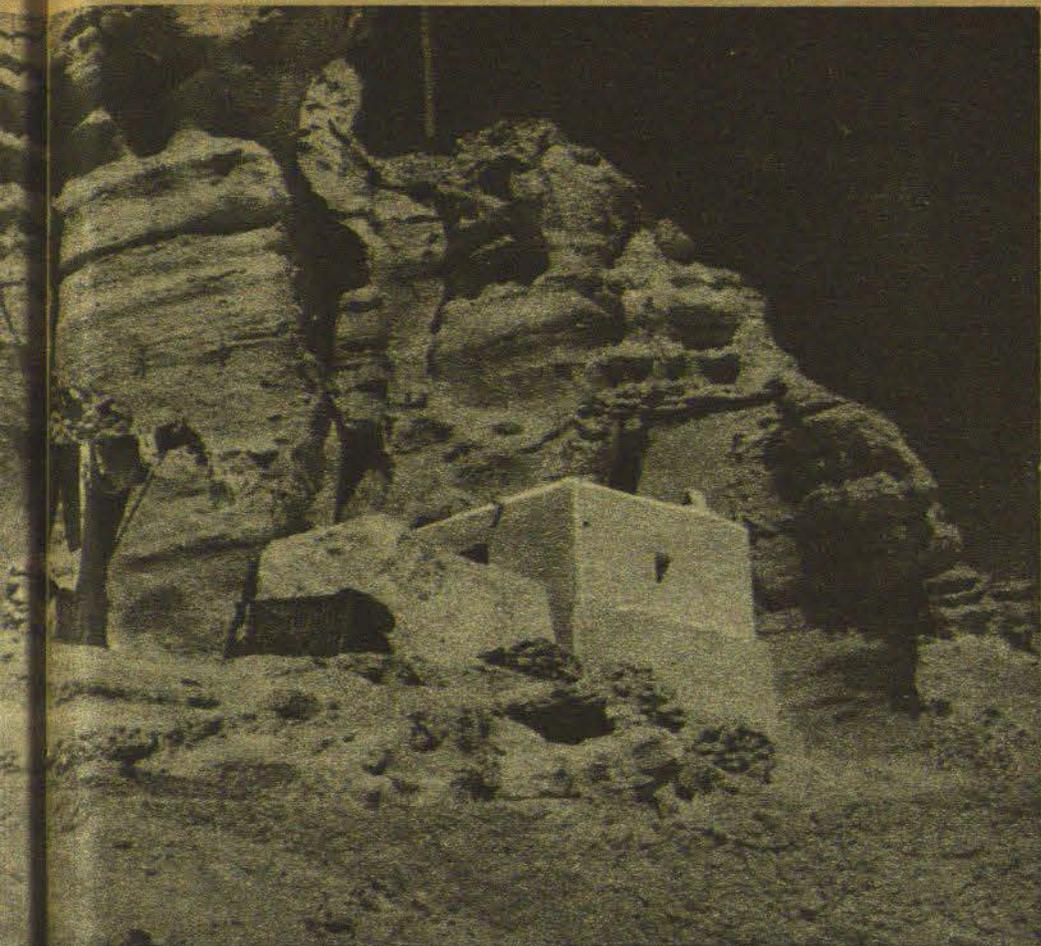
—Eso no lo sé de fijo... Pero, si el señó dice que es soltero, otro no hay.

Las dos mujeres discuten durante unos momentos. La más joven lleva una blusa de hilo muy ceñida y, al hablar, se alisa mecánicamente la falda.

—Usted nos perdonará —murmura—. Pero hace poco que vivimos en el barrio y, hay tanto personal que, al fin, una se confunde.

Su amiga me señala con el dedo el domicilio de la Chata.

—¿Ve usted una casica pintá de rosa?

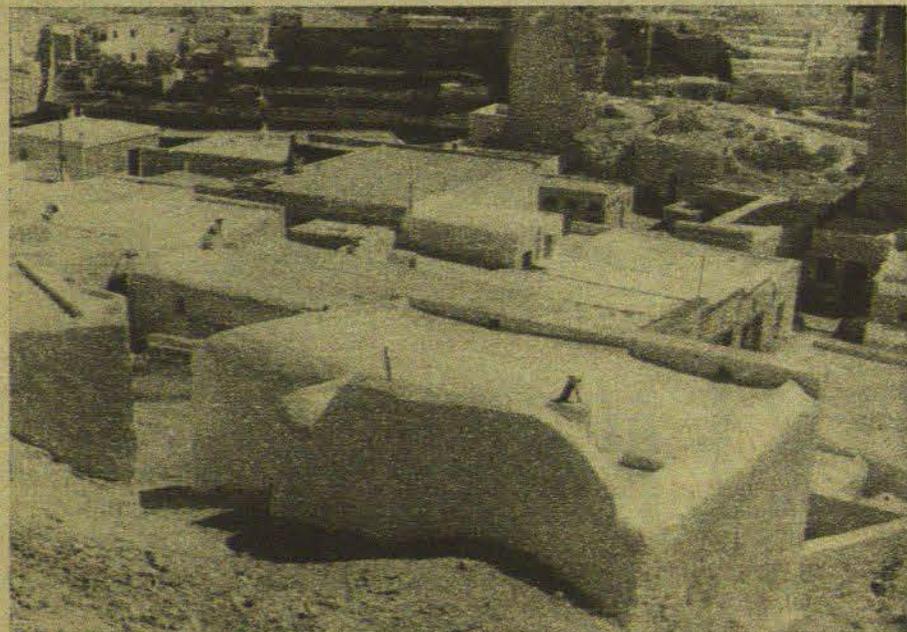


Las mujeres tienden la colada en las blancas peñas

—Sí, señora.
—Aquella es.
Yo doy las gracias a las mujeres y me camino hacia allí. Por la calle corre un niño arrastrando una cometa de fabricación casera: un hexágono de papel tirado por un hilo. Detrás de él, otro arrapiezo ametralla a los transeúntes con una tosca escopeta de caña. La puerta de la Chata está entreabierta y me detengo en el umbral.
—¡Oiga! —grito—. ¿Hay alguien?
La habitación es cuadrada, baja de techo. Dentro, veo tres sillas, una mesa, un taburete, una cómoda. De las paredes cuelgan horcas de ajos y racimos de uva.
—¿Quién es?
La voz viene del otro lado de una cortina y oigo un rumor de pisadas. Al fin, la Chata se enmarca en el vano de la puerta y me observa a contraluz, parpadeando.
—¿Qué desea?
Es una mujer baja, de constitución hombruna, con el pelo recogido en rodetes, cejas espesas y boca regañada.
—Vive aquí un muchacho de Cartagena que le dicen el Galera?
La Chata me analiza de hito en hito y el examen no debe de satisfacerla pues, bruscamente, el rostro se le enfosca.
—¿Pá qué le quíe ver usté?
—Soy amigo de un cartagenero que vive en La Chanca y, como no sé su dirección, preguntaba por él y alguien me dio las señas de su hijo pensando que tal vez supiera dónde paraba...
—Lo siento —corta la Chata—. Mi hijo ha salío.
—¿Y usted? ¿No conoce ningún cartagenero que se llame Antonio Roa?
—No señó. No conozco a naide.
La mujer me mira secamente dando por terminada la conversación pero, en el instante en que voy a quitarme de allí, alguien la llama desde dentro.

—Madre... ¿Quién hay?
Es una voz de hombre, un poco ronca y la Chata hace como si no la oyese.
—Pregunte usté en el colmao — dice.
No tengo tiempo de obedecerla, cuando una mano descorre la cortina y un mozo rubio asoma la cabeza y nos observa.
—¿Qué pasa?
—Ná. Ese señó buscaba un cartagenero que vive por el barrio. ¿Conoces tú alguno?
—¿Cómo dice usté que se llama?
—Antonio Roa. Es pescador.
—Roa, Roa... No caigo... ¿Le han dicho que vive por aquí?
—No tengo su dirección. Sólo sé que está en La Chanca.
—Pues por ahí, desde luego, no, o yo lo conociera. Los de la mar suelen vivir al otro lao.
—¿Por dónde?
—Si se espera usté un momento le acompañaré. Precisamente debo devolver algo a un compañero...
El Galera viste un grasiesto mono azul y, en tanto que la Chata desaparece refunfuñando tras la cortina, abre el cajón superior de la cómoda y revuelve en un pote de latón hasta dar con un destornillador y unos alicates. Luego saca una funda de cuero del bolsillo y se peina rápidamente ante el espejo.
—Bueno —dice—. Cuando usté quiera.
El muchacho grita adiós a su madre y, por espacio de unos segundos, caminamos sin decir nada. Es un poco más pequeño que yo y anda algo encorvado, con la vista clavada en tierra. Al ofrecerle tabaco me agradece con un murmullo. De nuevo se registra los bolsillos y me da lumbre, ahuecando las manos en torno a la llama del mechero.
—Por esta zona, el único de Cartagena

(Continúa en las págs. siguientes)



Luminoso y blanco como una invención de los sentidos

el regalo que se recuerda...

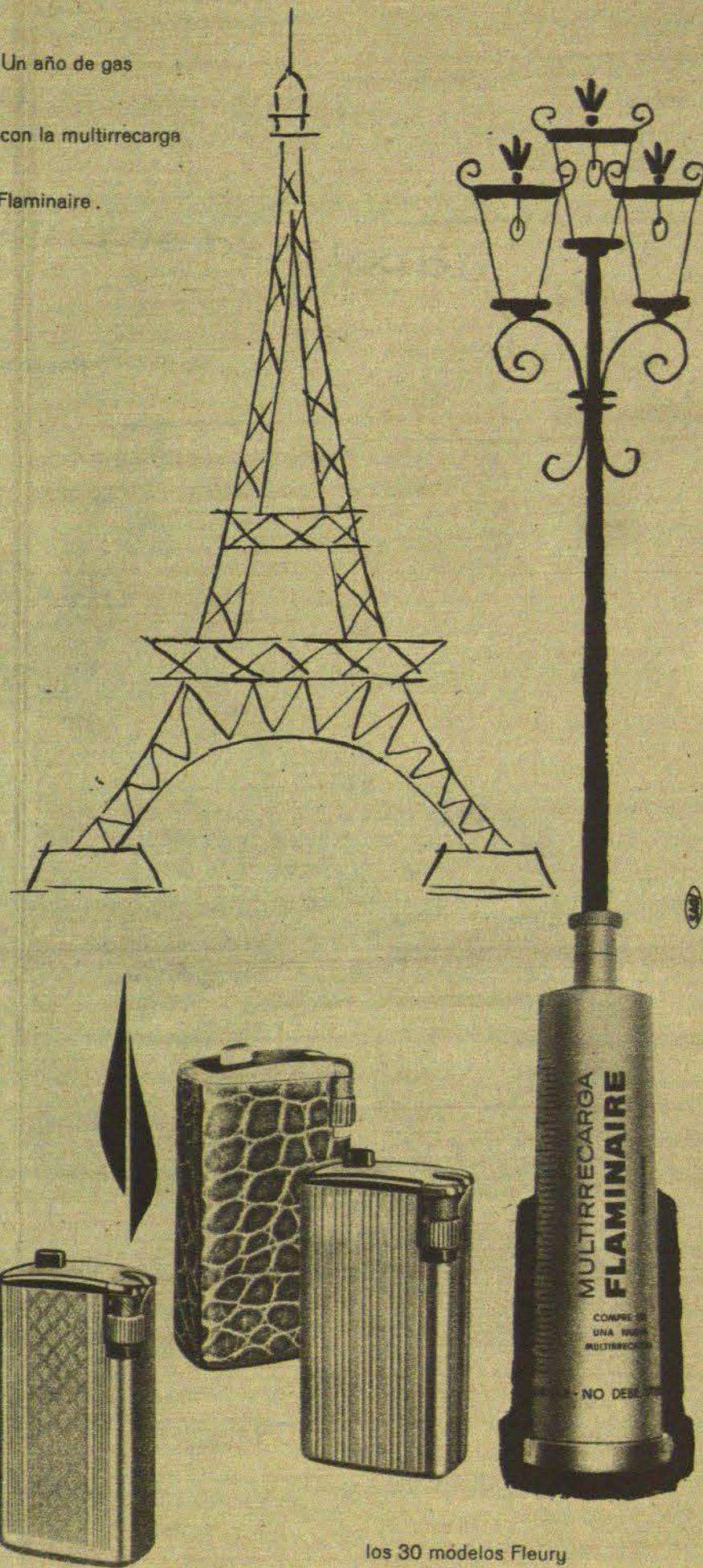
FLAMINAIRE

Recargable en su casa.

Un año de gas

con la multirrecarga

Flaminaire.



los 30 modelos Fleury

y el nuevo modelo GALET

forman la gama completa Flaminaire

DMSSA, S. A. - Paseo San Juan, 25 - Tel. 245 5400* - Barcelona

Brut FREIXENET

El champan de

alto precio

de calidad superior

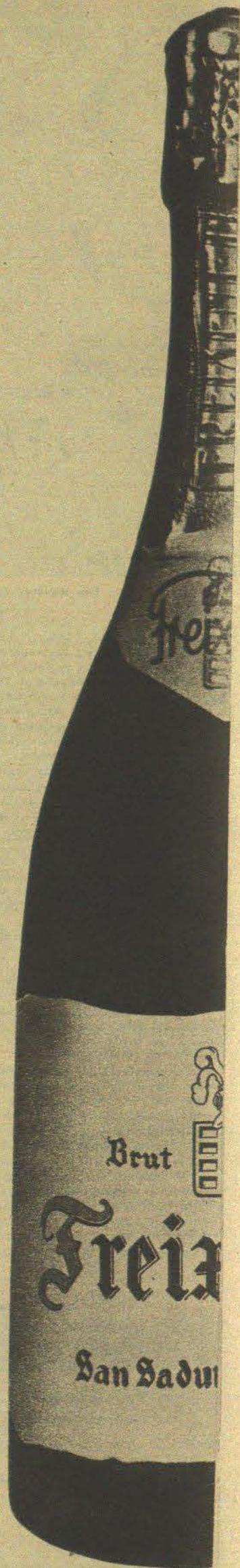
Reserva limitada



Regale

Brut FREIXENET

Un obsequio de valor
que se agradece





El hombre espera pacientemente al posible comprador de sus cazos de artesanía

LA CHANCA

(continuación)

soy yo. Pero más allá de la rambla seguro que encontrará usted otros. Allí tós viven de la mar.

El Galera me guía, atajando hacia el arroyo. Un crío corretea desnudo por el muladar, con el vientre hinchado y el cráneo negro de moscas. Los cerdos gruñen en el interior de las cochiqueras. Por el camino vienen mujeres y niñas con jarras y botellas de leche. La pendiente es muy pina y hay que caminar haciendo equilibrios para no resbalar.

La aguacha huele a excremento y lejía y, mientras cruzamos el torrente, mi acompañante explica que, cuando baja la arroyada, enfama viviendas y calles y todo lo lleva a barrisco.

—La última vez, arrastró una recua de mulas hasta el Club de Mar. El amo las habla dejao en la rambla pá ir a cañé con los amigos y dicen que se aborcó de desesperao.

El Galera habla con voz monótona, como cumpliendo un deber penoso y en seguida se interrumpe. A medida que avanzamos el número de mujeres y chiquillas que van y vienen con la leche es cada vez mayor, y, junto a la pared rejilbida de un jardín, veo una cola bastante larga. Las que aguardan llevan un cupón en la mano y el Galera me informa que es para presentarse al control. Cada familia recibe una ración de leche que se fija teniendo en cuenta el salario de quienes trabajan y el número de bocas.

Delante de nosotros una vieja camina a paso de tortuga. Debe tener ochenta y cinco o noventa años, y anda doblada sobre sí misma, apoyándose en un bastón. Cuando la alcanzamos, observo que lleva una lata redonda con un número escrito en letras negras. La lata contiene unos dedos de leche hervida.

—Bueno. Ya hemos llegao —dice mi acompañante—. Pué usted preguntá en cualquiera de esas casas y, si no lo conocen, continúe hacia el Covarrón o Barranco Viejo. Yo tiro hacia el otro lao.

El Galera parece contento de despedirse de mí y se aleja por el sendero a trancadas. Al quedarme solo, me detengo a secar el sudor. El sol se ha engaviado en el cenit y la calina embruma el paisaje. A mi lado, un perro se mosquea con la cola. La vieja camina pasito a pasito hacia el monte y me aproximó a un corrillo de mujeres.

—Ustedes perdonen. Todas se vuelven a mirarme, sorprendidas y, en sus rostros, se pinta la desconianza. Al preguntarles por el Cartagenero se consultan unas a otras con la vista antes de responder. La que lo hace al fin ha sido bonita cuando joven. Ahora tiene las mejillas sumidas, pero los ojos encandilan todavía en medio de su rostro demacrado.

—Por aquí, no señó. Mi marío es pescaó también, y no lo tengo olo...

—El cuñao de la Aurora es de Cartagena — dice una amiga.

—Este ya no anda aquí, mujé —le corta otra—. Está haciendo la mili en Cataluña.

Mientras las mujeres repasan la lista de sus conocidos, los chavales se acercan a curiosear. Algunos van con el culo al aire y me piden cigarrillos.

—¡Uf! ¡Qué pesaos! —grita la que habló primero—. ¿Queréis dejarnos en paz?

Sus amigas hablan de un viajante de comercio, un tal Felipe que va y viene de Cartagena y, como la conversación se ramifica y amaga empantanarse, me despido de ellas y les agradezco sus informes.

Cuando doblo la esquina uno de los chavales que pedía cigarrillos me reconoce y viene detrás. Es un chiquillo marrajo, negro como el carbón, que evoluciona y brinca a mi alrededor con la boca llena de risa. Como algunos limpiabotas del Sur, su táctica consiste en apurar la paciencia de la víctima elegida como blanco. Aunque lo opongo la callada por respuesta no se desanima y tiende una y otra vez la manita, abierta como una estrella de mar.

—Dame un duro, inglés.

Para librarme de él no tengo otro remedio que ceder y se escabulle en seguida sin decir gracias. Lo mismo que en los suburbios de Barcelona, los niños de aquí se malician muy pronto. A los diez años corren la tuna ya como los mayores y, según me dicen, un gran porcentaje de ellos acaba por dar con los huesos en el Reformatorio provincial.

Huyendo de un nuevo asalto tuerzo por el primer callejón y corto a la derecha. Sin darme cuenta, he dado la vuelta a la manzana y me encuentro exactamente en el mismo punto de donde había partido. Las mujeres no están ya, pero el perro se mosquea aún con la cola.

Antes de continuar la busca alzo los ojos y miro a la vieja de la lata mientras se enrisca por la ladera. Hace más de diez minutos que camina y, como si el tiempo hubiese dejado de correr de repente, descubro que su silueta encorvada apenas ha avanzado unos centímetros.

Obstinado, rijoso, ensoberbecido como un as de oros de los naipes, el sol reverbera y enrubia, dueño y señor de La Chanca.

Echando calle abajo por Cañadas, el forastero desemboca en una avenida amplia y la vista se despeja. Las chozas faldean la pendiente, escalonándose tal un colmenar inmenso y, más arriba, las cuevas bostezan con las fauces abiertas, como bocas oscuras, profundas y desdentadas. La luz resalta de modo brutal los efectos de la erosión en el tajo. El paisaje se ofrece a los ojos descarnado y ocre, sin un chispo de vegetación. La paramera cae en cantil sobre las chabolas y, a trechos, la escarpa es casi vertical y amenaza al barrio entero con los peñascos y galgas que periódicamente se desprenden, sembrando la muerte en el camino.

Los esparteros trabajan allí también y, en primer término, hay un quiosco de obra que anuncia «Refrescos y limón granizados». Tres hombres charlan acodados en el mostrador. A pocos metros a la izquierda, un

gitano empuja un rudimentario tióvivo. Su clientela se reduce a dos niñas vestidas con delantalitos blancos que dan vueltas y vueltas, solemnes y felices. Una banda de arripiezos ronda alrededor de ellas y las contempla con manifiesta envidia. En el cauce del arroyo, el dueño de un carromato distribuye garrafas de agua de Araoz.

La cuesta es suave y continúo el camino hacia la colina. Como en todos los pueblos de Almería, docenas de hombres jóvenes hacen el arrimón en la calle. La barbería está de bote en bote y un mozállón

aguarda turno a la fresca. Más lejos, el municipio ha construido unos retretes públicos para el vecindario, que parecen muy concurridos. El aire apesta de nuevo y el mosconeó es insuportable. Luego, la avenida se bifurca en dos senderos y me detengo a preguntar en un chiringuito de bebidas.

—Un tinto, por favor.

El dueño me sirve un vinazo espeso y, cuando le hablo, enciende la colilla que lleva en la comisura de los labios.

—¿Cartagenero? —dice—. Pues no, no conozco a naide. ¿Es alguno de su familia?

—No; no me toca nada.

—¿Amigo, quizá?

—Eso, amigo.

El patrón parece hombre de muchas escamas y me observa con el rabillo del ojo.

—Eso es como buscá una aguja en un paja... ¿Ha ío usted al barrio de los pescadores?

—Todavía no.

—Pruebe usted allí. Seguramente le informarán como desea. De otro mó se dará usted una panzá de caminá pá ná.

—Muchas gracias.

—No hace ni una semana vino otro a preguntá también por él —añade bajando la voz.

—¿Otro?

—Otro señó como usted.

El dueño revuelve el cajón en busca de cambio y, como parece cerrarse a la banda, prefiero no insistir. Por el sendero viene una gitaniña con los labios pintados de rojo y un collarín de lágrimas de vidrio. Debe de tener apenas diez años y camina vestida con un traje que le cae escurrecido y grande, contoneándose a causa de los zapatos de tacón. El relumbrer de su atavío contrasta con su cuerpo flaco, sus manos infantiles y mugrientas. Cuando nos cruzamos observo que lleva una jarra vacía y el cupón para retirar la leche de los americanos.

A medida que alteo hacia el páramo, los canales en ruina de una vieja fundición se perfilan con claridad. Las lumbreras de las cuevas horadan el tajo como ojuelos legafiosos. Los vecinos tienden la colada sobre las rocas, y camisa y trapos blanquean la ladera de la montaña. A la izquierda, las mujeres alborotan en el lavadero. En la fachada de una casuca alguien ha escrito en letras grandes «SE BENDE» con pintura de alquitrán.

Sorteando un badén abierto por la lluvia se llega a un barrio más tranquilo que los

(Continúa en las págs. siguientes)

AUTOMOVILISTA!

le interesa conocer estos datos.

ACCIDENTES en las CURVAS!

Datos estadísticos.

En 1.960 ocurrieron **3.930** accidentes en curvas interurbanas en las carreteras españolas.

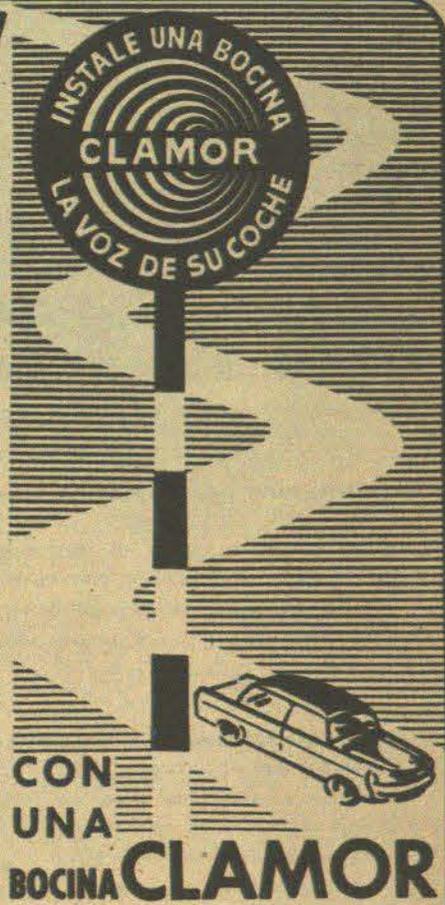
Esta cifra representa el **22%** del total de accidentes clasificados según la configuración de la carretera en el punto que tuvieron lugar.

CONDUCTOR!

antes de entrar en una curva avise su presencia, pero... hágalo de forma eficaz, con un buen proyector de sonido.

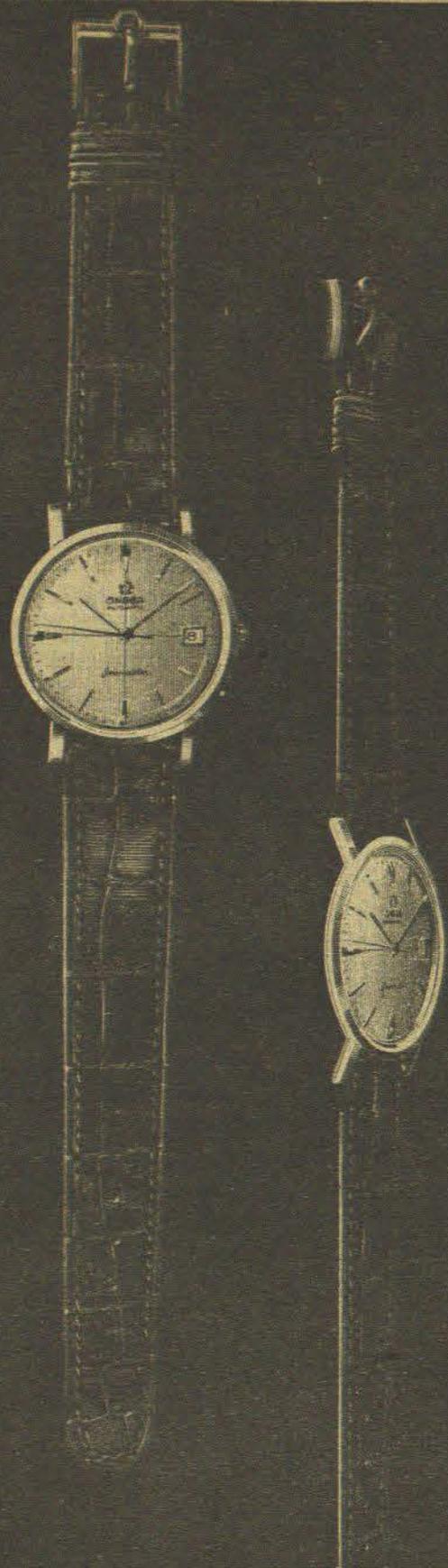
El mejor:

LA BOCINA ELECTRO-NEUMÁTICA



Circulará con **MÁS SEGURIDAD** y con **MÁS REGULARIDAD** a la **VELOCIDAD NECESARIA**

DE VENTA EN LOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO DE ACCESORIOS Y RECAMBIOS PARA AUTOMOVIL



Ω
OMEGA
Seamaster
 DE VILLE



Un reloj automático delgado ...pero seguro

1. Delgado, pero no demasiado. El Seamaster de ciudad no es el primer reloj delgado; no es, tampoco, el más delgado. Pero es el único reloj delgado con cuerda automática cuya precisión está garantizada en 129 países. Es un reloj que Vd. lleva con una confianza absoluta... durante toda su vida.

2. ¿Cómo ha nacido esta pequeña maravilla de precisión? Había ya en el mercado relojes delgados; pero los Ingenieros de Omega esperaban su momento, porque su objetivo era crear una cosa perfecta.

Prosiguieron incansablemente en sus ensayos y pudieron al fin probar que un reloj podía ser adelgazado hasta que se «pegue» a la muñeca... y ello funcionando automáticamente.

3. Uno de sus secretos: su caja revolucionaria. No intente abrir el Seamaster de ciudad: ¡no se abre! Su caja está hecha de una sola pieza. Pero, ¿cómo ha podido insertarse el movimiento?, se preguntará Vd.

Y el sistema de cierre miniatura se encuentra bajo el borde metálico que rodea al cristal.

4. Otro secreto de su precisión: tolerancias microscópicas. Empotrado herméticamente en esta caja fuerte miniatura se encuentra un movimiento de una rara precisión: ciertas piezas se adaptan a él con una tolerancia de 0,003 mm. solamente. Es decir, el 1/16° del diámetro de un cabello. Este rigor en la búsqueda de la precisión es lo que distingue el Seamaster de ciudad.

5. Una precisión magistralmente defendida... En este mundo increíble de la microprecisión, la menor partícula de polvo o una proporción de un verdadero guijarro... y puede provocar importantes desgastes. Un cierre hermético como el que asegura la caja del Seamaster de ciudad se convierte así en su garantía: este reloj conservará su precisión durante años.

6. Un servicio único a través del mundo. Su Seamaster se beneficia de un servicio de expertos establecidos en millares de ciudades de 129 países y territorios. La red mundial del Servicio Omega es única. Y debe serlo: Omega es el reloj más vendido en el mundo entero.

7. Un reloj maravilloso. Un regalo maravilloso. El Seamaster de ciudad es suficientemente delgado para ser elegante; suficientemente robusto para poder llevarse todos los días; suficientemente preciso para las necesidades más exigentes. Es un reloj maravilloso para llevar — o para ofrecer... Un reloj al cual su delgadez no ha restado nada de su tamaño.

Todos los «Seamaster de ciudad» son automáticos, impermeables, antimagnéticos y protegidos contra choques. El calendario es facultativo.

	Ptas.
Cuerda normal, calendario, oro 18 qts.	11.400
Automático, oro 18 qts.	12.700
Automático, acero inoxidable	5.250
Automático, calendario oro 18 qts.	14.500
Automático, calendario, acero inoxidable ...	5.800

Para toda una vida... Un día usted también tendrá un reloj Omega.

LA CHANCA

(continuación)

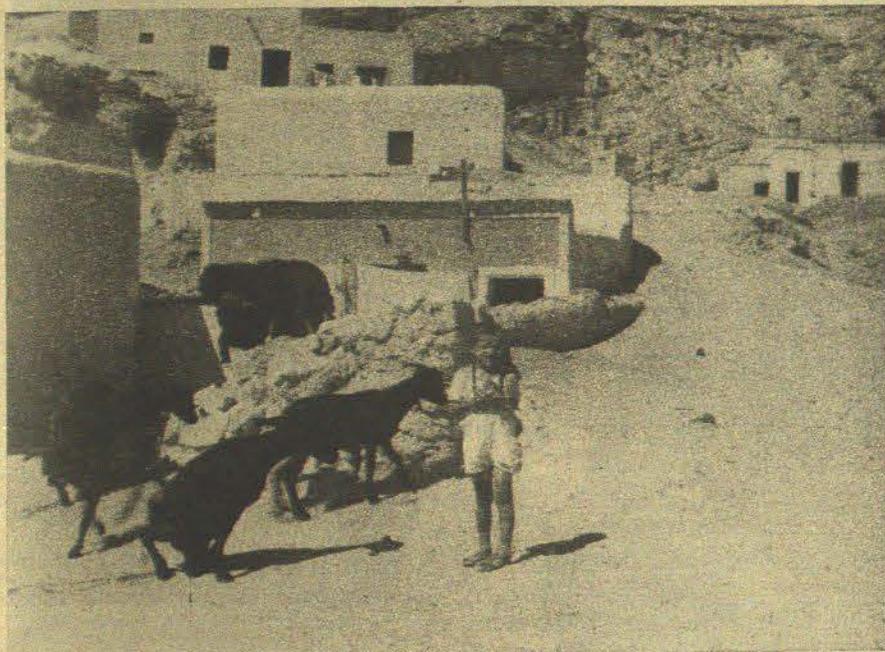
otros, de calles rectas y chozas mayores y más limpias. De tanto en tanto, el forastero encuentra unos rótulos: «Ministerio de Educación. — Comisaría de Extensión Cultural. — Plan Social de La Chanca. — Zona 1.» clavados en los muros. En la puerta de las casas veo cortinas fabricadas con redes, nasas de mimbre y panojas de pescado. Una mujer esportea varios hacecillos de hornija y, cuando me aboco con ella y le hago la misma pregunta que a los demás, me mira con malos ojos y se escabulle masqueando excusas.

No tengo otro remedio que continuar y, aunque todavía interrogo a algunos vecinos, nadie acierta a informarme respecto a el Cartagenero. Durante un cuarto de hora zigzagueo por calles de nombre extraño: Botillón, Buzo, Jábega, Brújula. Una niña desnuda pasea envuelta en un trozo de red de pescar, zaparrastrándolo por el suelo como el velo de una recién casada. Las viejas pasan uvas al sol y una mujer cucharetea en un lebrillo de gazpacho. El lugar es un auténtico chicharrero. A la sombra hay una pareja sentada por tierra, con un anciano de setenta y tantos años y un cuévano que sirve de cuna a un crío.

—Buenos días.

—Buenos días.

La pareja y el viejo me examinan sin decir nada. Los dos hombres llevan camisas y pantalones raídos y el joven se acaricia con la mano la pelambrea del pecho. La



Por las laderas de La Chanca el sol reverbera como dueño y señor del barrio

mujer viste de trapillo, con una bata casera de lunares. Es guapa, de piel oscura y labios carnosos y da la impresión de venir directamente de la peluquería. Mi mirada se detiene unos instantes en la línea de sus muslos. En la cuna, el niño duerme a sueño suelto.

Yo repito la pregunta, sin grandes esperanzas ya y el joven se echa atrás la gorra y me contempla con expresión indefinida.

—¿Antonio Roa dice usted?

—Sí, señor.

—¿Uno que pescaba a la marrajera?

—Ese debe de ser. ¿Sabe usted dónde vive?

—Como saberlo, si lo sé... Pero no lo encontrará así...

—Igual da... ¿Está su familia?

—La mujé, si señó... Y la suegra, y los cuñaos...

—¿Hacia dónde es?

—Aguarde usted. Ya le guiaré el chico.

El hombre se incorpora y camina hacia la choza de la esquina con paso tardo, ronco. Hay un compás de espera durante el que la mujer y el viejo evitan mirarme a la cara. Al cabo, el joven reaparece con un chiquillo de extraña belleza, de pelo rubio, piel mate e inmensos ojos castaños.

—Paco, acompaña al señó a cá el Luiso.

El chico me observa como atontado y el hombre se impacienta y añade:

—¡Hala, espabila!

Yo les agradezco su amabilidad y tiro con Paco cuesta abajo, por una vereda encharcada. El niño viste una americana de adulto que le cubre hasta las rodillas. El pelo le forma remolinos encima de las orejas.

—¿Conoces a Antonio? — pregunto mientras caminamos.

—No señó. — Paco anda de prisa, con la morra inclinada.

—¿Y a su familia?

—Tampoco.

—¿Hace tiempo que viven en el barrio? — Yo no sé ná — dice.

El vecindario cocina al aire libre en improvisados fogones de piedra. Una vieja escamocha lechugas para la ensalada. Las mujeres escobazan y riegan a mano de cubo, espantando las moscas. En la puerta de su choza, un gitano se dedica a espartar varijas.

De pronto subimos una pendiente muy costanera y Paco se detiene y apunta con el dedo hacia un hombre desnudo de cintura para arriba que se enjabona brazos y cara frente a un balde de lona.

—Aquel es Luiso — dice. Y sin aguardar mi contestación, da media vuelta y aprieta a correr a todo escape.

El cuñado de Antonio es moreno, membrudo, de estatura baja y rostro curtido por el sol. Debe de volver del trabajo pues lleva una faja ceñida a la cintura y botas de cuero hasta media pierna. Cuando me acerco, zampuzo la cabeza en el agua y resuella muy fuerte, con complacencia animal.

—Perdone — digo —. ¿Vive aquí uno que llaman Antonio Roa el Cartagenero?

El Luiso me mira fijamente y se seca la cara con calma antes de responder:

—Sí, señó. Esta es su casa.

—¿Podría hablar con él un momento?

Por la puerta asoma una mujer envejecida y amarga. Sus ojos oscuros centellean.

—¿Pa que lo busca usted?

—Soy un amigo de su primo, el Vitorino...

—Mi mario no está.

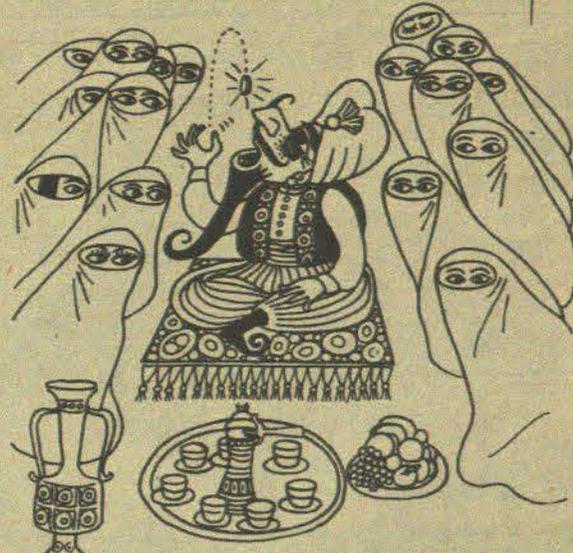
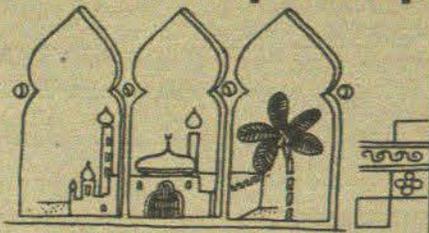
—¿Cuándo vuelve?

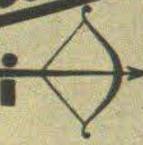
La mujer se planta enfrente de mí con el rostro demudado.

—Eso lo sabrá usted mejó que yo...



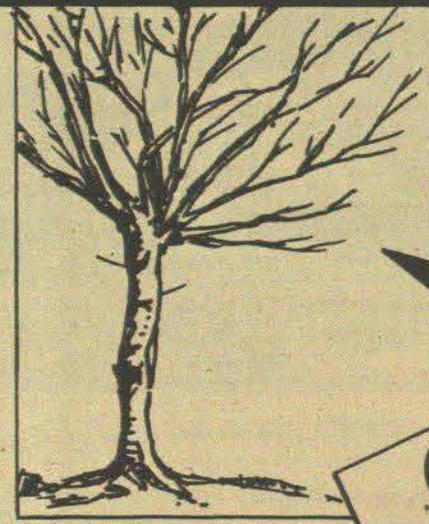
Comprimidos en su bolsillo... y la mente siempre despejada!



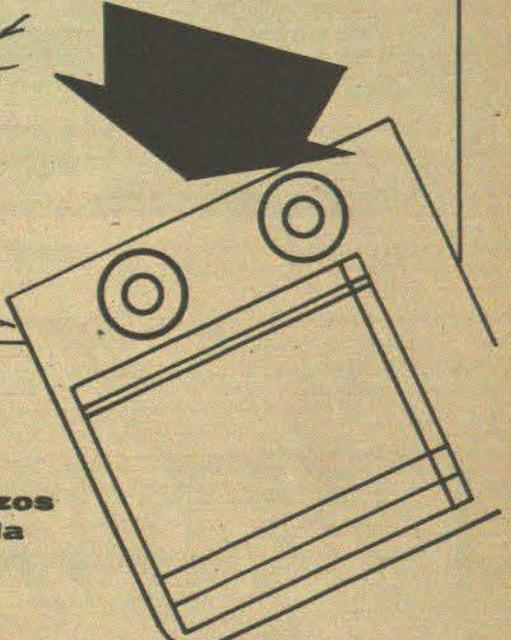
Piramidon
anti  **dolor**
devuelve la sonrisa

recurra al nuevo envase Dual Rosa

Cayeron las hojas



Caposa



Excepto aquellas que estaban sujetas con Arandelas refuerzos de tela engomada CAPOSA



Usadas para reforzar cuadernos de anillas de hojas cambiables en oficinas y colegios.

SE VENDEN EN PAPELERIAS

JUAN GOYTISOLO
Fotografías de Vicente Aranda.